

hacia una secuencia de hechos prodigiosos. En el trayecto hasta el club, mantuvo una charla egocéntrica, una notificación al mundo de que ella era su centro indiscutible. Y lo fue toda la noche. Su entrada fue sensacional, avanzó hasta el centro del salón, en completa armonía con aquel ambiente cargado de expectativas, saludó a dos o tres grupos con la mano en alto, la actriz famosa en la escalerilla del avión, y en el acto estuvo rodeada de su clientela; fue como una tácita autorización para que comenzara el baile. La orquesta, en un extremo de la pista, entró de golpe a trabajar una cumbia, un muchacho la tomó del brazo y comenzó a saltarle a la vuelta; ella, como si hubiera llegado sola, aceptó la invitación, y allí estuvo un rato desplazando hombros y caderas. Fue un mal comienzo para Roberto. Un amigo le dio una palmada en la espalda, en otro momento hubiera significado reconocerle un éxito, pero venía acompañada por un comentario que, tal vez a causa de una sonrisa imperdonable, tenía toda la pinta de ser obsceno: —Te has equivocado: la regata era para lanchitas y vos te has traído un portaaviones.

Y por ahí andaba Erika levantando olas de ocho metros.

Roberto remontó bien la adversidad, cuando acabó la cumbia se le acercó con la desenvoltura del que no pierde la cabeza. Yo pasé de un grupo a otro hasta que recalé en María; manteníamos esa camaradería que excluye el enamoramiento pero que está llena de estupidas concesiones. Al rato vi a Roberto solo y con un vaso en la mano y supe que algo andaba mal; Erika, a los saltos, no perdía pieza. Me zafé de María, no era un buen testigo para una investigación discreta; aparté a Roberto hacia la galería donde, por lo menos, no era pública su elegía. Con su baja iluminación, la galería era el lugar de las parejas, había algo de conspiración en nuestra actitud, apoyados en la baranda, mirando las canchas de tenis vacías y, más allá, la barranca, los sauces y la enredaderas que desembocaban en el río liso y sin misterio. La pregunta directa es lo mejor en estos casos, pero Roberto no tenía una respuesta fácil, se sentía vejado, y no es frecuente que el orgullo reconozca un traspie. Para mí era evidente que los proyectos de Erika no coincidían con los suyos, pero no es sencillo dar una opinión como esta a un hombre que sufre, cuya única respuesta consiste en ponerse taciturno. «Sufra, mierda» pensé (pensando en mí), y di consejos inútiles, palabras de aliento más inútiles todavía, hasta que, viendo que el monólogo iba para largo, resolví que ya era hora de volver a María. En ese momento apareció Erika, falsa y encantadora, y comenzó a recriminar a Roberto por haberla abandonado cuando más lo necesitaba.

—¿Te parece lógico? —reclamaba mi opinión; no la necesitaba—. Me invita, y después me deja con cualquiera. Si estoy de más, que me lo diga.

Entonces, Roberto, recordando su capacidad de reacción, me despidió sin más trámite y arrastró a Erika hacia un rincón.

También me despidió María, la hallé coqueteando con alguien, a punto de llegar a un entendimiento; encontró la forma de hacerme una seña de complicidad que, inequívocamente, significaba que yo debía desaparecer de allí. Todo estaba de nuevo en sus comienzos, inicié un moviminetto cuidadosamente casual y pude emparejarme con una rubia risueña que conocía de vista, un descubrimiento que me permitió ser feliz dos semanas y desdichado un mes, un balance que no viene al caso.

La fiesta, según la frase hecha, fue un éxito rotundo. En algún momento se paró la música, el presidente del club, lustroso y orondo, subió a la tarima y pronunció palabras emocionadas, a todas luces dictadas por el alcohol, en las que hizo caber las fatigas del pasado, los logros del presente y las promesas del porvenir; luego entregó los premios de la regata. Aplausos y de nuevo el baile; un muchacho se puso un vaso lleno de algo sobre la cabeza y, convencido de que estaba aportando una nueva habilidad al mundo, se pasó media hora haciendo equilibrio mientras bailaba, un grupo se puso a viborear en fila por entre las mesas, y los remeros premiados, un poco envarados por el homenaje, no sabían qué hacer con las manos repletas de trofeos, hasta que los arrinconaron en algún lugar y se sumaron a los brincos. Erika y Roberto mantenían una situación contradictoria, estuvieron bailando un rato, no alegres sino con todos los síntomas del conflicto, y después los vi discutir en la penumbra. Erika volvió a la pista, al cambio de parejas, y Roberto quedó en la medialuz, incapacitado para otra iniciativa que no fuera la de aturdirse con cualquier cosa que tuviera alcohol. Para su agonía, la música se detuvo nuevamente, el presidente del club, que no había mejorado su aspecto ni su prosa intransitable, anunció entre bufidos que Erika, por decisión unánime (no aclaró de quiénes), había sido elegida estrella del crepúsculo, flor del jardín de los sueños, ave del paraíso, perfume exaltador y, resumiendo, reina de la fiesta. A partir de entonces, Roberto, situado entre los condenados, no volvió a saber nada de ella; Erika se convirtió en la pieza disputada por cuanto galán se sentía destinado a los secretos de la noche; al presidente del club tuvieron que quitársela. Roberto se arrinconó en una silla, fuera de uso; pero yo ya tenía otra ocupación, y después de saltar, beber, desafinar y declararme dueño versátil de todas las razones para vivir, terminé de la mano de mi rubia risueña, sentado en la barranca, esperando la salida del sol; Dios es un exhibicionista, y se encargó de borrar cualquier crónica de las fatigas ajenas.

Esa fiesta fue para ellos un resumen de los días que siguieron. Roberto no aceptó que aquella relación tenía para él todas las características de un problema, y Erika distribuyó su tiempo en la escurridiza tarea de acercarlo y rechazarlo, con un virtuosismo que hubiera deslumbrado a Mata Hari. Me tocó el papel desgraciado de confidente de ambos, tuve que actuar como un imbécil, completamente neutro cuando menos quería serlo, y hasta creo que, a mi pesar, he tenido alguna responsabilidad cuando, concertado el armisticio, terminaron de novios formales, juntos en misa, en reuniones de familia, buscando rincones para hacerse un intercambio controlado de ternuras, un acuerdo elaborado con seriedad. Todo indicaba que Erika había hecho una innovación en sus costumbres, y cuando, sumándome al tópico, le hice una broma sobre las ventajas de la vida conyugal, me miró con la tranquilidad del que tiene firmes y erróneas convicciones. Roberto la visitaba en su casa, y el afable bávaro lo recibía con las consideraciones de la especie, suegro indiferente y obsequioso que, a falta de diálogo, lo atiborraba con whisky del mejor. Una noche me invitaron a comer, una comida familiar que estaba vinculada con el reconocimiento de la situación. El padre de Roberto llegó vestido totalmente de blanco, redondo y atorado por la corbata; un pollo recién salido de la incubadora. Tenía una predisposición por las palabras notariales, pero a mí no me engañaba: toda su atención esta-

ba puesta en el lechón que meditaba en la fuente. Se pasó la noche dando fe pública (como todos, pero en voz más alta) de sus ensoñaciones y prejuicios, y ahí estuvimos unas cuantas horas virtuosas emitiendo opiniones sobre los grandes temas del destino humano; cuando le tocó el turno al matrimonio (un tema que cayó como pera madura), hubo un cruce de miradas furtivas, el padre de Roberto se dio el lujo de describirlo como «una empresa en común», y recorrió la reunión con la mirada como si esperara incluirnos en el proyecto; yo no tenía otra idea que la obvia, así que no me sentí obligado a buscar objeciones. Fueron unos meses de tregua doméstica, que terminó cuando estalló una bomba y, con ella, la discutible gloria de Roberto: Erika se fugó con un representante del olimpo local, campeón de natación y remo, quien, a su vez, dejó desolada a su mujer con un hijo en la cuna. Luego supimos que, con frecuencia metódica, habían estado viéndose desde aquel baile; dejaron un mensaje de despedida, palabras enfáticas, lindando con la locura, y se marcharon con rumbo incierto. Mi conmoción fue mayor que la de Roberto, no podía sacarme de la cabeza la fantasía de que era yo quien tendría que haber ocupado el lugar del remero, imágenes desbocadas, exageradas por mi despecho, en las que era yo quien revisaba los rincones de ese cuerpo que, en realidad, no me era desconocido del todo. Me abrumaba la sensación de haber estado en la inminencia.

Se organizó una verdadera cacería; voluntarios y ofendidos, unidos por el mismo rencor, se dispersaron a los cuatro vientos, y si faltaron los doberman fue porque no había ninguno adiestrado. Roberto, simplemente derrumbado, no salía de su cuarto, intenté visitarlo pero no me recibió, casi se lo agradecí. El padre de Erika estuvo a la altura de lo que sabíamos de él; pasó una tarde gritando en alemán mientras vaciaba una botella, pero cuando tuvo que mostrarse en público mantuvo la dignidad del que sabe timonear en la borrasca, ni un gesto fuera de lugar, nada que pudiera interpretarse como inquietud por el destino de su hija, más bien parecía opinar que ese ajetreo era producto de un juego superfluo, preocupaciones de tono menor con las que no estaba de acuerdo. Los encontraron a los tres días, hartos de galletitas y paté de foie, en un hotelucho de la ruta; no habían ido demasiado lejos ni, al parecer, tenían conciencia del escándalo; él, tranquilo y con el buche lleno, y ella seria, sin esconder la cara. Cada uno a su casa, y estuvo claro que para el campeón había sido una forma como otra cualquiera, aunque más agradable, de matar el tiempo. Al día siguiente exageraba peripecias mientras tomaba cerveza debajo de un árbol, en una mesa frente al río.

No es fácil saber qué reacción hubiera tenido otro en el lugar de Roberto, él sólo pudo mostrar una falla en los cimientos; su angustia no lo orientaba a la dispersión ni a la metafísica, sino a la inmovilidad; todos sus gestos eran impotentes, se pasaba el día tirado en la cama, con la barba crecida y la mirada fija en el techo, esperando de él la solución. Ni siquiera movió un músculo cuando circuló la noticia, que llegó inmediatamente hasta su cama, de que Erika se iba de viaje, esa salida frecuente cuando hay un padre bávaro con una próspera fábrica de pintura.

El viaje de Erika fue largo y, según versiones, excitante, aunque esto hay que atribuirlo a la práctica malsana de hacer leña del árbol caído. ¿Caído? No parecía su caso cuando vino a despedirse, nada que pudiera revelar un menoscabo, tenía el entusiasmo complejo